

DÍA DE LA SALUD MENTAL >

Pioneros contra el estigma

DOS PERSONAS CON **TRASTORNO MENTAL GRAVE** TRABAJAN EN PRÁCTICAS EN EMPRESAS NORMALIZADAS POR PRIMERA VEZ EN NAVARRA



Borja Elizalde, Rosa Carmona (arriba), Elisa Vázquez, Sofía Collantes y Saioa Caveró (abajo). FOTO: I. AGUINAGA

M. GONZÁLEZ
PAMPLONA

SON los primeros y a tenor de su propia satisfacción y la de sus empleadores no serán los últimos. Borja Elizalde Beruete y Rosa María Carmona Chamizo son los pioneros de un programa de realización en la Comunidad Foral de prácticas en empresas normalizadas para personas con trastorno mental grave. Ambos han visto cumplido su sueño de desempeñar “roles valiosos” para la sociedad mediante el trabajo que realizan en el rectorado y consejería de la Universidad de Navarra a través de un convenio de colaboración con los Centros de Rehabilitación Psicosocial (CRPS) de Avánvida, concertados con el Gobierno foral. Su enfermedad mental ya no supone una condena a la exclusión y su integración en el mundo laboral prueba que la recuperación y la rehabilitación de las personas que sufren este tipo de problemas es posible, pueden recuperar el control de sus vidas. “No hay elemento más integrador que el trabajo y en otras comunidades autónomas ya se habían dado experiencias similares, pero aquí en Navarra, ellos son los primeros”, indica Saioa Caveró Espinosa, una de las formadoras laborales de Borja y Rosa, junto con Elisa Vázquez Subirats.

En el caso de Rosa, de 47 años, su paso por el CRPS le ha permitido recuperar sus habilidades, destrezas y capacidades laborales, apartados por años de batalla contra el trastorno mental, y el caso de Borja, de 22 años, aprenderlas, puesto que nunca había trabajado. “Ellos ponen sus objetivos y toman las decisiones. Nosotras somos meros acompañantes para que alcancen su proyecto de vida”. Este acompañamiento incluye actividades individuales y grupales dirigidas a entrenar a las personas atendidas en los centros en habilidades laborales y sociales, e incluso formación laboral adaptada a cada una de ellas, como prueba la experiencia de Rosa y Borja.

“El nivel de satisfacción por nuestra parte es óptimo en los dos planos: en el personal y en el laboral han tenido una adaptación fantástica desde el primer momento. Están preparados perfectamente para desarrollar las tareas administrativas y les mueve una enorme ilusión”, apunta Sofía Collantes, responsable en la Universidad de Navarra de los proyectos de voluntariado y de inclusión, quien defiende este tipo de iniciativas. “En el mundo estamos las personas discapacitadas y las que no tenemos una discapacidad y lo lógico es que trabajemos codo con codo. Las personas discapacitadas están más preparadas para trabajar con las que no lo son que al revés. La inclusión favorece más a las personas que no tienen una discapacidad que a las que la tienen”, reflexiona.

“El mantenimiento en el trabajo de estas personas es similar al del las que no sufren enfermedad mental”, defienden Saioa y Elisa, quienes añaden que las empresas dispuestas a contar con empleados en prácticas como Borja y Rosa tienen apoyo del centro para asegurarles la adaptación al puesto de trabajo.

BENEFICIOS Según destacan las formadoras, las empresas participan con estas iniciativas “en un proceso de responsabilidad social”. Con su intervención, ayudan a mejorar la imagen de estas personas y favorecen la lucha contra el estigma, un estigma que hace que la enfermedad mental sea casi invisible, pese a que la OMS estima que un 4% de la población padece enfermedades mentales graves (esquizofrenia, trastorno bipolar y de la personalidad). “Así como en otros colectivos esa visibilización ya se está llevando a cabo, en el caso de la enfermedad mental queda mucho por hacer”, admiten Saioa y Elisa, quienes subrayan los beneficios en forma de bonificaciones fiscales y contratación, así como en cuotas a la Seguridad Social que supone para las empresas culminar con contratos estas prácticas. “Benefician a todos, pero el gran obstáculo es el desconocimiento”.

BORJA ELIZALDE BERUETE

“Ahora mi vida está normalizada. Estoy bien y puedo estar mejor”

PAMPLONA. Nunca ha trabajado y admite sin asomo de cobardía que su enfermedad mental le ha impedido culminar ningún estudio o estrenarse en el mundo laboral. “He intentado estudiar y no he sido capaz. No me podía quedar en ningún sitio. Era una persona insoponible, al final explotaba y me tenía que ir, pero en el centro me he estabilizado. He adquirido responsabilidad, algo que antes no tenía porque no pensaba en las consecuencias”, relata Borja. A sus 22 años, afirma que hasta ahora su vida social era inexistente, “no me preocupaba tener vida social”. La maldita enfermedad mental le llevaba a enclaustrarse, pero su trabajo de apoyo en labores administrativas le está haciendo ganar confianza en sí mismo y

mejorar su capacidad de relacionarse con los demás. “Sentía odio hacia mí y hacia los demás”. La formación recibida en el centro de rehabilitación psicosocial para realizar labores de recepcionista y sus avances personales le han dado una oportunidad en el mundo laboral. De su trabajo le gusta todo. “Me ayuda y no me podrían tratar mejor. He perdido mucho tiempo, pero mi vida está normalizada. Estaba equivocado cuando me encerraba. Ahora estoy bien y puedo estar mejor”, sostiene con optimismo. Borja tiene por fin los anhelos de cualquier joven de su edad, adornados con un rasgo de generosidad: “Quiero conservar un trabajo para poder independizarme y ayudar económicamente a mi familia”.

ROSA MARÍA CARMONA

“Quiero remontar, luchar y demostrar que puedo salir adelante”

PAMPLONA. Reparte correo, hace fotocopias, ayuda a ordenar... Rosa ha salido del pozo y una de las cuerdas que le ha ayudado a trepar hacia la luz es su ilusión por trabajar. “Durante muchos años me he sentido inútil, ya no”, explica sobre el sentido de su nueva experiencia laboral, tras una vida apartada por la enfermedad mental y recuperada el 6 de septiembre, fecha en que comenzó su labor en prácticas en la Universidad de Navarra. “He sido muy bien recibida y estoy aprendiendo un montón. Al principio, los compañeros me protegían mucho, pero ahora soy una más”, comenta con alegría esta mujer de 47 años, madre de tres hijos. Trabajó durante años, “en todo”, limpieza, hostelería, geriatría, fábricas..., pero el

trastorno mental grave es un devorador de habilidades. Ahora, con el apoyo de los profesionales del centro de rehabilitación psicosocial, a los que agradece, al igual que a su familia, su esfuerzo, se empeña en recuperarlas, como también su autoestima. “Siempre he sido responsable, pero al estar tanto tiempo sin trabajar, más de cinco años, tras una fuerte depresión que me encerró en casa, no sabía si podría volver a hacerlo”. Y lo ha hecho. Su mayor temor ahora: “Verme sola, sin dinero, sin poder ayudar a mis hijos”. Y su sueño: “Remontar, luchar por conseguir algo y el trabajo ayuda muchísimo. No se puede vivir siempre de la renta básica y de pedir a la familia para comer. Quiero demostrar que puedo salir adelante”.